

LABROS



Periódico de la Asociación de Amigos de Labros. Nº 17. Verano 1998



Libros en la plaza

El año pasado se instaló por primera vez un tenderete en la plaza y se vendieron libros recientes, nuevos o casi, donados por los escritores del pueblo. Novelas, enciclopedias, biografías, poemarios... hasta un centenar de libros se podían comprar a precio bajísimo y fijo (500, 1.000 y 1.500, según su calidad), sabiendo que la recaudación se destina a las actividades culturales de la Asociación. Fue tal el éxito que este año pensamos repetir.

Y siguen a la venta los objetos, con el escudo de Labros, que aun no se han agotado: benditeros, camisetas y palilleros.

Nuestro pósito, de 1778

En la última página se puede leer un reportaje sobre el pósito que en tiempos de Carlos III se instaló en Labros, cuyo testimonio esculpido en piedra se conserva en la Casa Lugar, aunque muchos lo recordamos solamente como ventana que acogía el buzón de Correos. Ahí se cuenta para qué servía el pósito, cómo lo guardaban tres llaves distintas, la intrusión amenazante desde la capital para controlar su contabilidad y otros curiosos datos.

PASAN LOS DÍAS

Hace ya más de 30 años que nació el último niño en Labros, pero todavía somos 159 los que hemos visto la luz aquí; cifra nada desdeñable si pensamos que las 60 casas del pueblo no albergaron nunca una población superior a los 300 habitantes. El número real —en otra época que no sea el verano— se reduce hasta la decena, porque casi todos andamos repartidos por el ancho mundo, predominantemente en Madrid, Zaragoza y Barcelona, como se puede leer en la página 3.

Pero además de por nacimiento, hay muchísimos más labreños por casamiento, herencia o querencia. Muchos no han roto nunca con esta ligazón que les une al pueblo con estancias frecuentes, otros la han recuperado al cabo de generaciones: por curiosidad, de tanto oír hablar a los mayores o por el simple placer de encontrar la paz y el paisaje que ofrece un lugar como Labros, cuna de sus antepasados. Lo cierto es que todos —incluidos los descendientes que crecen bien ajenos a este mundo rural— se sienten labreños de corazón, viendo al pueblo como algo suyo, como

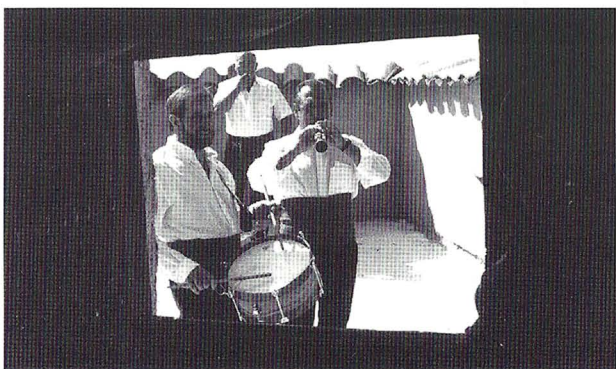
una parte de sus raíces.

A todos llamamos desde aquí para que no nos quedemos viendo pasar los días, mientras la destrucción se nos apodera. Igual que se han construido nuevas casas y se han hecho arreglos en otras, deberíamos seguir luchando contra el abandono y el paso de los días que tanto daña a bienes de todos: primero fue la Iglesia, víctima de la desidia episcopal, que arrastró con ella la Escuela, donde casi todos aprendimos a leer y a escribir. Hoy, en parte por el progreso que eliminó su uso, están hundidos o hundiéndose los pajares y las parideras; las piedras de las cerradas se convirtieron en grava para carreteras y ya no queda quien arregle un portillo en los caminos de las eras o en las paredes de los huertos. El último ejemplo es el tejado del transformador que, desde 1922, nos traía al ponerse el sol aquella luz temblorosa que gastábamos casi con miedo y que se iba con las tormentas.

Parece que también empieza a tener alguna gotera el tejado de la ermita. ¿Podríamos hacer algo?

Las fiestas:

21, 22 y 23 de agosto



Al son de nuestros entrañables dulzaineros de Sigüenza, José María y Carlos, regresa la alegría de unas fiestas en agosto, que se atenderán al siguiente programa:

Domingo 16.- Finaliza la inscripción de chicos y mayores en cualquier competición.

Miércoles 19.- Chocolatada, con juegos infantiles.

Jueves 20.- Comida comunitaria, rifa del mosaico y del tapiz, y repre-

sentación escénica, si los ensayos lo aconsejan.

Viernes 21.- Comienzo a lo grande de las fiestas: pregón y charanga venida de Zaragoza con 6 componentes desde las 18 a las 22 horas. Por la noche, de 12,30 a 4 de la madrugada, vuelve *La vieja leyenda*, desde Molina de Aragón, con la novedad de traer una cantante.

Sábado 22.- Misa mayor, con el acompañamiento de los dulzaineros de Sigüenza. De media noche a 4,30 actuación del grupo madrileño *Jade*.

Domingo 23.- De 20 a 22 horas, presentación de la revista «Sonrisas y lentejuelas». Final de las competiciones y entrega de premios.

Lunes 24.- Como cada año, excursión al Cerro con comida comunitaria a escote.



El museo de la fragua

Aperos y utensilios que se usaron siempre en Labros —yugo, arado, criba, colmenas de mimbre y greda, bozal, colleras, rastrillos...— van completando el pequeño museo que cuelga en las paredes de la antigua fragua, tras el portegao; hoy nuestro lugar de encuentro y de celebración de alegrías comunitarias.

El Moncayuelo de Labros



Tiene Labros, entre otras maravillas, dos estu-
pendos miradores, desde donde se pueden con-
templar pueblos y extensos horizontes de siete provin-
cias. El primero, el Puntal de la Lastra, a 1.372
metros de altitud, con su repetidor telefónico de 25
metros.

Pero mucho más importante es el segundo mi-
rador, situado a unos 3 kilómetros del pueblo, en el
Alto del Medio, con 1.362 metros: apenas 10 me-
nos que el de La Lastra. Resulta más interesante
porque sus horizontes son muchísimo más dilata-
dos y porque el Instituto Geográfico Nacional marcó
hace siglos a este pico como Vértice Geo-
désico, construyendo aquí una torreta escalonada
de calicanto de 4 metros de altura, que los vientos,
las aguas y el paso del tiempo habían semidestrui-
do, pero que recientemente el Instituto ha vuelto a
reconstruir junto a la anterior, con bloques de ce-
mento, mucho más esbelta y maciza, con 6 pelda-
ños de hierro para poder subir por el prisma cua-
drangular hasta la base donde se levanta un cilin-
dro también de cemento.

Por cierto que un Vértice Geodésico sirve fun-

damentalmente para los traba-
jos topográficos; ya que la *geo-
desia* (palabra procedente de
las griegas *geo* = tierra, y *desia*
= división) es la ciencia mate-
mática que determina la figura
y magnitud del globo terrestre
o alguna de sus partes, para po-
der construir los mapas corres-
pondientes. Así que nuestro
Moncayuelo es un punto clave
de la red de triangulación que,
con otros vértices, permite ir
trazando cualquier mapa; o
mejor aun, todos los mapas que
quieran reflejar con exactitud
nuestra Tierra.

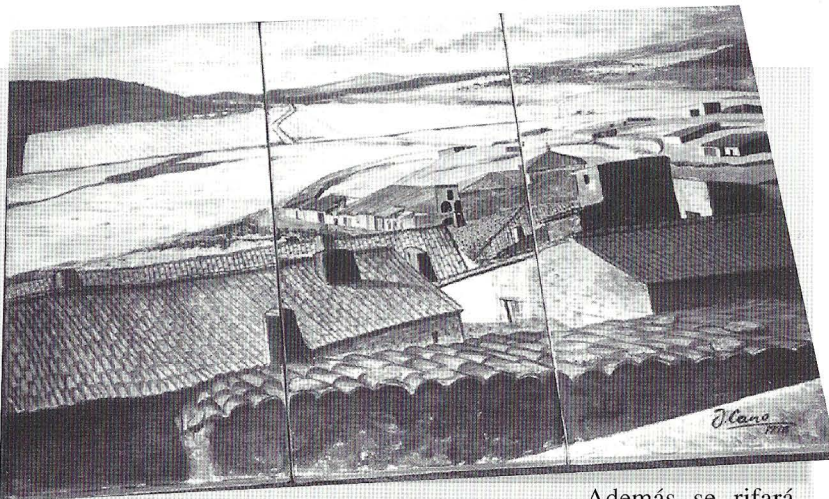
Desde esta torreta se ve una
profunda hondonada de muchos kilómetros: todo
el reino de Aragón, Soria y la Rioja; con el Mon-
cayo a lo lejos y nuestro viejo Tejar y su aguadero
a los pies. A este mirador entre nosotros conocido
por Alto del Medio, los aragoneses le llaman el
Moncayuelo de Labros, porque cuando miran ha-
cia poniente ven a la vez dos grandes moles: a la
derecha el Moncayo, de 2.345 metros, y a la iz-
quierda, el Moncayuelo de Labros, un poco menos
crecido. Desde nuestro Moncayuelo nosotros ve-
mos el Moncayo a simple vista cualquier día cla-
ro, sobre todo en invierno, cuando el Moncayo se
pone su gorra blanca de nieve.

Decían nuestros bisabuelos, o quizás los tatar-
buelos, que desde aquí se pueden contemplar 7
obispados. Desde luego se alcanzan 7 provincias:
Zaragoza, Huesca, Teruel, Soria, La Rioja, Burgos
y, lógicamente, Guadalajara; que es donde esta-
mos. También dicen algunos que hasta se ven los
Pirineos oscenses: ¡que Dios les conserve la vista,
y sus buenos y potentes prismáticos!

Isidro Gutiérrez

Desde la barbacana

Esta pintura sobre ce-
rámica, original de María
José Cano, será la obra
que este verano se rifará.
Es una vista desde la bar-
bacana, al pie de la igle-
sia, con la Cabeza del
Cid a la izquierda y las
eras a la derecha, y nues-
tros tejados en primer
plano. La autora nos in-
forma que está pintado sobre cerámica engoba-
da y cocida en horno a mil grados.



Además se rifará
también un tapiz sobre Labros, bordado como
cada año por Mercedes Martínez Yagüe, a par-
tir del cuadro pintado por Fernando Granell.

Cencerradas y excomunión

Cuando en una boda son vi-
vidos ambos contrayentes, o uno
de los dos, «acostumbran a dar
lo que dicen cencerrada, con
mucho desorden por las calles,
en las que andan personas de
todas clases con la multitud de

cencerros que pueden juntar,
usando de ciertos pregones y li-
belos informatorios, manifes-
tando en ellos de cuantas tachas
y motes tienen los contrayentes
y sus familiares, con bastantes
desvergüenzas abominables,

que con capa de noche y fingida
voz sin temor publican... Esta
costumbre se manda castigar
con excomunión y multa de ocho
ducados.»

(Carta del Provisor de la Dió-
cesis de Sigüenza, con fecha 18
de diciembre de 1765 a los curas
de la villa de Molina y de sus vi-
llas y lugares, como Labros.)

Ecos lejanos



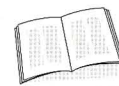
Son ecos lejanos que nos devuelven
la voz de este periódico y la mirada
amorosa de quienes lo escriben pen-
sando en Labros. «Es siempre asombroso, y en-
vidiable, ver cómo en cuatro simples páginas
puede decirse tanto, tan bien dicho, tan meticu-
losamente estructurado. Sencillo y a la vez gran-
dioso periódico», nos saludaba la revista «Li-
bros. Uno por uno», en su número 13, del otoño
de 1997, capitaneada por el infatigable cronista
Antonio Herrera Casado.



«Escrito con cariño a la tierra, des-
velando un especial interés por el
pasado etnológico y cultural, surge
Labros como en cada estío», se leía en «Nueva
Alcarria» del 18 de julio de 1997. Sobre nuestra
regularidad desde hace 17 años, sobre nuestros
textos y fotos que hablan de ahora y de nuestras
evocaciones, escribía «Alcarria Alta» en su nú-
mero de octubre de 1997. Su director, José Gar-
cía de la Torre, era concluyente: «Vale la pena.
Ajenos al ajeteo diario, escriben y recuerdan en
un acto conjunto de pura rebeldía contra el tiem-
po».



«Con qué admirable calidad se si-
gue publicando. Gracias por *La-
bros*» escribía Manuel Seco, el aca-
démico de la Lengua. Y el presidente de la Jun-
ta, José Bono, nos decía en letra impresa «qué
hermosa forma de continuar vinculados a los
orígenes».



Otros reproducen fotos del pueblo,
como el nº 9 de «Senderos y Natu-
raleza». Y al final, pero no lo último, vayan es-
tas líneas sacadas de una página completa que
nos brindaba José Serrano Belinchón, en «Nue-
va Alcarria» de 12 de septiembre de 1997: «En
su configuración, en su estilo, en su brevedad
amena, viene a ser un ejemplo luminoso para es-
ta clase de publicaciones, que suelen nacer -los
que somos de pueblo somos así- con la crítica
adversa de un alto porcentaje de compatriotas y
con muy pocos alicientes en su favor, salvo el
amor a la tierra madre que lo puede todo». Y
concluye citando los «infinitos y callados en-
cantos» «de este bello lugar, que tantos de sus
hijos se empeñan en sostener sobre las palmas
de sus manos de un modo admirable».

No son ganas de buscarnos abuelas que nos
alaben el gusto; traemos estos ejemplos para ser
agradecidos con quienes nos quieren y para que
nos sirvan de estímulo, tratando de esmerarnos
cada año más.

«Me dijo que era de...»

En las aventuras juveniles de Kris y su
pandilla (ver la editorial Alfaguay); en libros
de viajes y de arte, en novelas y cuentos
publicados el último año se puede seguir
encontrando referencias labreñas. «Me dijo
que era de Labros, y que yo no conocería el
pueblo porque era muy pequeño y estaba al
otro lado de la provincia de Guadalajara», se
lee en la novela «El aroma de los recuerdos»;
de Mariano Marco, obra editada en abril de
1998, por Aache, y que fue ganadora del
primer premio de narrativa en el Concurso
«550 aniversario de la Virgen de la Peña»,
celebrado en Brihuega en 1995.

Última «primera comunión» en grupo

Es el último grupo escolar que tomó la primera comunión en Labros: mañana del 23 de mayo de 1966. Más de 32 años han pasado y nunca olvidarán «aquellos reclinatorios donde nos arrodillábamos con tanta devoción» los cuatro protagonistas que posan en el patio-jardín de la ermita: de izquierda a derecha Luis Berlanga Martínez, Conchita Urraca Morales, Felipa Yagüe Serrano y Julio Agustín Carrasco Gonzalo. Recuerda Conchita: «aún quedaba en nosotros (de las fiestas de san Isidro, san Isidrillo y san Pascual) el regusto del confitero, los músicos y los petardos, cuando nos esperaba esta segunda alegría. De la tahona del tío Felipe salían las cestas de mimbre colmadas de mantecados, tortas y magdalenas que, con aguardiente y vino dulce, servía para invitar a todo el pueblo». El señor cura daba el catecismo en el castillo y a veces se le escapaba, entreverado entre parábola y parábola, algún que otro «capón por estar mirando a los gamusinos».

Hacía mucha ilusión comulgar con los amigos de tu misma edad, llevar zapatos nuevos, guantes, rosario, misal, limosnera y aquellos vestidos: unos, heredados de hermano a hermano; otros, prestados... Feli recuerda su vestido «preciosísimo que



mi hermana Emilia me trajo de Barcelona. ¡Qué ilusión, un vestido largo con encaje, que te tapaba las piernas flacas, larguiruchas!». El peinado era muy importante: la peluquería, con secador Braun, se improvisaba en casa de la Petra, con las manos de Emilia. La obsesión de la Feli era taparse bien el remolino de la frente, con un flequillo espeso. A la Conchi aquel día le trae a la mente recuerdos de rozaduras de un zapato, del viaje a Milmarcos en la mula tor-

da y mansa del abuelo Benito y de las risas que le entraban a la vuelta cuando su madre, ya muy cansada, se cogía al rabo de la mula, a aguantar la subida y otros aires.

En el portalillo todo eran felicitaciones y alegría. Luis y Julio recuerdan aquel día con mucho sol, radiante, los cuatro como cuatro novios y novias. La foto es de Julio y los otros tres ni sabían de su existencia, ni de su autor, quizás la señora maestra. ¡Qué tiempos!

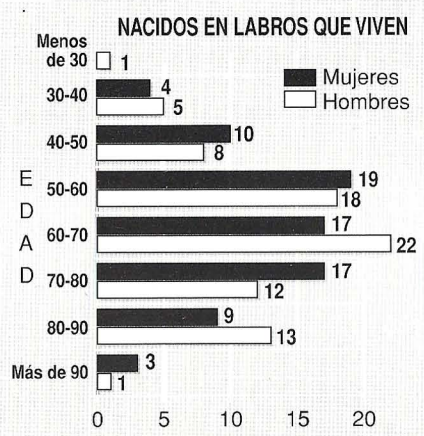
Labreños de cuna

Todavía somos 159

«Siempre están los de fuera diciendo que si son más, que si hay más mujeres... y a discutir. Vamos a verlo. A contarnos». El reto de Crescencio Yagüe ha tenido su trabajo, recordando uno a uno, pero ha merecido la pena, aunque arroje algunos datos que ya temíamos, como la elevada edad media, 61,8 años o que ya solo el 7 % vive en Labros. Pero todavía somos 159 (79 mujeres con una edad media de 63,6 años y 80 hombres, con 59,9 años de promedio) y hay 16 matrimonios entre nacidos aquí.

En una pirámide imposible, como constatan los demógrafos, los labre-

ños sumamos un total de 9.817 años. Ellas 229 más. La tía Ramona, que el año pasado se asomó a estas páginas del periódico, sigue siendo con 98 años la mayor del pueblo. «Aún quedamos muchísimos para dar guerra todo el siglo que viene», comenta optimista Marcelino Yagüe, vecino a prueba de años.



Recuento: 1 de enero de 1998.

Antonio Carrasco Arribas: «Raro es que algún día no hable de Labros»

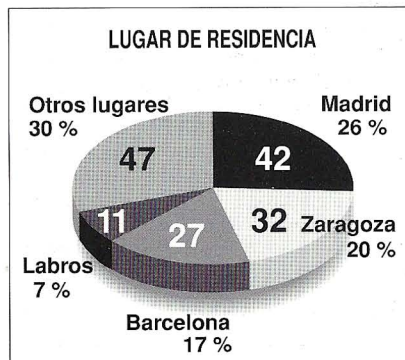
El último en tener a Labros como cuna, Antonio Carrasco Arribas, cumplió 30 años el 20 de marzo. Ni en la gestoría en la que trabaja ni en cualquier lugar de Martorell (Barcelona) le importa explicar «dónde está ese pueblo, (para mí el único)», al que vuelve «en cuanto puedo». Especialmente en épocas de caza.

«Solo tenía tres años cuando nos vinimos. Pero no puedo olvidar mi infancia allí. Son muchos recuerdos. Iba siempre con mi hermana y Jesús a jugar a casa de la tía Luisa, nevaba mucho, el Leoncio organizaba la cabrada abajo, la yegua blanca de mi abuelo...» Antonio guarda también en su memoria anécdotas de aquellos años en Establés, el pueblo de su padre, y lamenta no poder venir este verano porque espera su segundo hijo.

«Claro que sueño con el pueblo. Es raro el día que por hache o por be no hablemos de Labros en mi casa. Unas veces porque nos acordamos de la tía Lucía y el tío Germán y los llamamos. Otras, sale el hombre del tiempo en la televisión y le digo a mi hijo Oriol, espera que vamos a ver qué hará en el pueblo», cuenta.

La proyección demográfica indica que, de seguir así, el último labreño apagará la luz en torno al 2070. «Siempre llevas dentro que eres de Labros y el último que ha nacido allí. El pueblo cambia, pero no en su tranquilidad y en otros atractivos que los nacidos no podemos olvidar. Aunque no sepamos definir bien. ¿Quién puede pensar en que va a desaparecer?», agrega aparentemente sin dudas.

A.M.Y.



Por concesión regia de 1778

Nuestro pósito, granero del pueblo

Todavía se puede leer labrado en la piedra de la Casa Lugar: «POSITO REAL. A.º 1778». ¿Qué era un pósito? «Granero o troje, especialmente para trigo, controlado por el concejo, con objeto de abastecer a los vecinos en las épocas de carestía y de prestar grano a los labradores, tanto para la siembra como para el consumo en los meses de mayor escasez, librándoles así de caer en las garras de la usura».

Los pósitos aparecen en España a principios del siglo XVI, a iniciativa de los propios pueblos, con tal éxito que cien años después había ya cerca de 12.000, que se llamaban pósitos públicos, concejiles o reales. (También crearon pósitos algunas fundaciones particulares, sobre todo a cargo de obispos, parroquias o hermandades de vecinos, en cuyo caso se denominaban *pósitos píos* o *arcas de misericordia*. Prestaban especialmente a pobres y viudas, con carácter básicamente caritativo).

Felipe II fundó muchos en 1555 para proporcionar pan barato a los caminantes y abastecer a los pobres; y en 1584 promulgó la primera reglamentación oficial de estos establecimientos, disponiendo que su dinero se guardase en un arca de tres llaves y el trigo en un depósito (casa de paneras) con dos llaves, que debían estar en poder del regidor o alcalde, del regidor-diputado y del depositario, los llamados claveros.

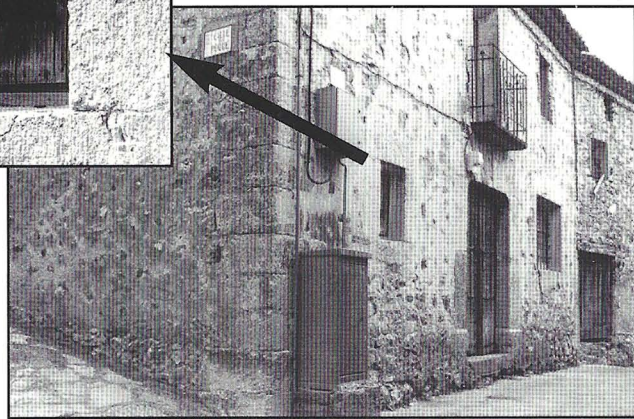
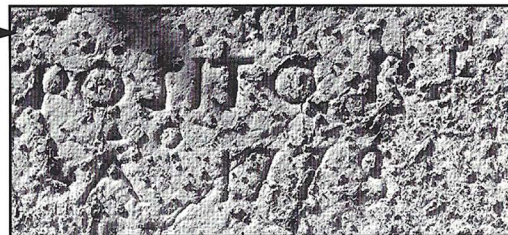
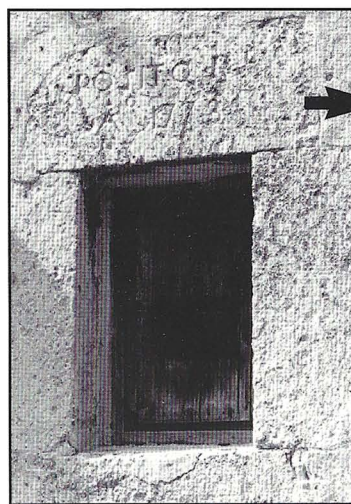
Lo que en principio se hizo para atender al panadeo, poco a poco pasó a ser centro de préstamo o crédito agrícola. Los préstamos se realizaban previo llamamiento público en fechas fijadas y dando preferencia a los labradores más necesitados, a juicio del regidor o de «los dos labradores o personas de inteligencia y honradez» designados para que informaran de la verdad de cada caso de solicitud. Se cobraban unos intereses llamados creces, que oscilaban entre los dos cuartillos y el celemín por fanega; es decir entre el 4 y el 8 por 100; tasas bastante altas si se piensa que el préstamo se hacía por menos de un año; más o menos des-

de la sementera hasta la devolución en el momento de la recogida de la cosecha.

La administración inestable y caquiquil hizo que los pósitos disminuyeran paulatinamente: cuando se crea el de Labros sólo hay 8.000; bajan a 5.000 a principios del siglo XIX; y en la Memoria de 1907 aparecen 3.460 pósitos. Es curioso que Guadalajara fue la provincia que tuvo durante muchos años el mayor número de toda España (294 en 1912); casi uno de cada diez estaban en nuestra tierra.

Sin excusa ni pretexto

Lo que en principio parecía un buen instrumento de solidaridad y equilibrio entre vecinos, se fue tornando en un bocado apetitoso para la Hacienda central y local. Las arcas se vaciaban por medio de impuestos y aportaciones exigidas y no reintegradas, con la excusa de guerras, epidemias y otras catástrofes. También las utilizaban las autoridades locales para repartir prebendas a los más



La Casa Lugar (Ayuntamiento) tiene en su fachada, a la izquierda, el dintel de piedra con la inscripción de Pósito real.

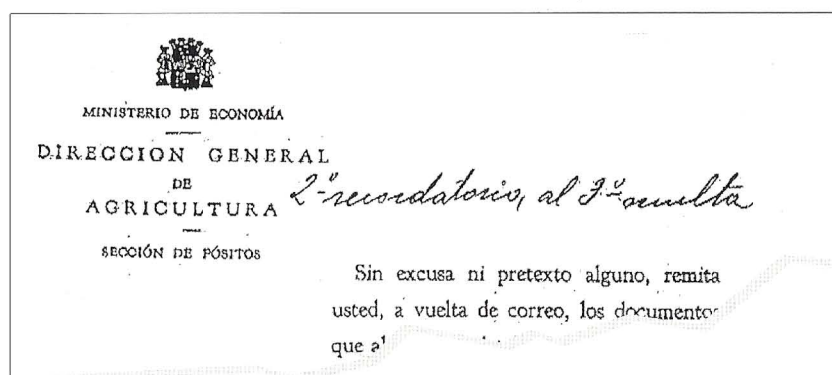
allegados o como arma de presión electoral.

Es muy significativo el escrito que se recibe en Labros, con fecha 14 de julio de 1931, de la Sección de Pósitos del Ministerio, comunicando la «imperiosa necesidad», entre otras, de que «el oportuno expediente de reparto» se haga dentro de las normas reglamentarias, «procurando resplandezca, en todo caso, la austeridad y rectitud que han de caracterizar la Administración pública».

Además, otras muchas circunstancias influían en la decadencia imparable de los pósitos: eran frecuentes la insolvencia y las deudas de quienes recibían préstamos; la calidad de las semillas se fue deteriorando; y era evidente el inmovilismo ante nuevas fórmulas para sacar más provecho a los pósitos; como ocurrió cuando a principios del siglo XX algunos trataron de modernizarlos -introduciendo maquinaria, abonos o mejoras de otro tipo- y fracasaron estrepitosamente.

Desde «la capital», la intromisión ha llegado hasta épocas no muy lejanas. Un escrito dirigido al pósito de Labros el 22 de agosto de 1921, por parte de la Dirección General de Agricultura, del Ministerio de Economía, pide: «sin excusa ni pretexto alguno, remita usted, a vuelta de correo, los documentos» oportunos para saber la buena marcha de la contabilidad. Otro, de 19 de enero de 1932, de la Agencia Ejecutiva Especial de Pósitos de la Provincia de Guadalajara, pide «remitir con toda urgencia, de orden de la Superioridad, certificación de los descubiertos que existen a favor de ese Pósito». Y aun más recientemente, en febrero de 1950, se amenaza con que, de no remitir cada mes los partes de ese pósito, aunque sean negativos, dentro de la primera decena del mes inmediato siguiente, «se impondrá sin más trámites, a cada uno de los tres Claveros, la sanción correspondiente».

Como recuerdo permanente, aún nos quedan intactas al cabo de los siglos esas piedras labradas que marcan el lugar donde estuvo el pósito de Labros, una joya de nuestro pasado.



Aquellas cebadas: ¿al rey o al cura?

Según el libro de diezmos de 1778, en ese año había en Labros 80 labradores; de los cuales 39 eran también ganaderos, con 390 corderos y quizás unas 1.800 ovejas, a juzgar por el único dato perdurable; las 3.570 libras de lana producidas. El trigo recolectado en 1778 fue de 2.958 fanegas (que se pagó a 10 reales cada una); 569 fanegas de cebada y algo más de centeno.

Año 1778: Labros pertenecía a la provincia de Cuenca (no pasó a Guadalajara hasta 1802), el pósito de Molina tuvo que ayudar porque se perdieron cosechas en 19 pueblos de la Sexma del Campo del Señorío por «el azote de varias calamidades, pedruscos, hielos y nevadas, que diezmaron la ganadería»; y la expectativa me-

dia de vida apenas pasaba en España de los 30 años, en una población total de poco más de 10 millones de habitantes.

Un segundo documento de la época que recoge circulares, órdenes y reales decretos desde 1773, establece este curioso reparto de impuestos: «si el labrador no sembrase más heredades que las pertenecientes al rey, y llegase en ellas a primicia, deberá pagarla toda al rey y nada al cura. Si sembrase otras suyas o de heredad y en ellas tuviese igual cosecha que en las realengas, deberá partir la primicia entre el rey y el cura. Pero si en las suyas o de renta excediese la cosecha a la de las realengas, ordena pagar toda la primicia al cura y nada al rey».



Periódico de la Asociación de Amigos de Labros. Nº 17. Verano 1998

Dirección de Andrés Berlanga, con la ayuda de Kety Antolín, Teresa Fernández del Vado (maquetación), Isidro Gutiérrez, Mariano Marco, Mariano y Antonio Martínez Yagüe, José María Gutiérrez, Felipa Yagüe, Conchita Urraca, Julio Carrasco y Vicenta Marco. La edición y el papel se deben a la generosa colaboración de Neografis, S. L. Impresores. Santiago Estévez, 8. Madrid.

Depósito Legal: M. 21.232-1982